Conferencia sobre Misión Mundial y Evangelización
Avanzar en el Espíritu: llamados a un discipulado transformado y transformador
8 al 13 de marzo de 2018 – Arusha, Tanzania

Documento No. **PLEN 01.4**

NO DIFUNDIR ANTES DE SU PRESENTACIÓN EN LA SESIÓN PLENARIA

La vida nos prepara para el discipulado; la misión nos prepara para la vida

Respuesta de Néstor Míguez al discurso de apertura

Reflexiones en torno a **Discípulos transformados y transformadores, transformando el futuro: las mujeres jóvenes africanas y la búsqueda de un futuro liberado**, de la Dra. Mutale Mulenga-Kaunda

En primer lugar quiero expresar mi agradecimiento a la Dra. Mulenga-Kaunda por su excelente exposición, simple y profunda a la vez, y su compromiso personal en ella. No es solo una presentación potente, sino que también pone en juego su propia vida y personalidad al hacerlo. Gracias también a la Comisión de programación de este evento por darme la oportunidad de que, en esta respuesta, pueda compartir con todos ustedes mis propios pensamientos y experiencia en este campo. Y, obviamente, gracias a Dios y su Espíritu que nos ha reunido a todos y todas nosotros y nosotras aquí una vez más, para fortalecernos en el discipulado de Jesús, en oración y el testimonio mutuo.

Relatar nuestra historia
A través de esta narración hemos aprendido, una vez más, cómo en muchos casos las circunstancias dramáticas de la vida en la cual se forman las personas juegan un papel decisivo en nuestro camino, el del 'nosotros' colectivo que el Espíritu nos hace ser, y en como entendemos nuestra fe, nuestra responsabilidad, y proporciona los elementos para la reflexión y crítica sobre nuestra propia vida y cultura.
Es que en los relatos de las vidas concretas de mujeres y varones se pueden apreciar cómo inciden en el dolor y el sufrimiento, o cómo dan o no lugar a sus anhelos y alegrías, no solo las alternativas cotidianas sino también los grandes temas de la cultura, de la economía, de la política. Como nos lo recuerda el relato de Mutale, la temprana muerte de una madre, en su causa y sus consecuencias, es también un hecho económico, cultural, político. Estos, que parecen a veces tan abstractos y lejanos, tan fuera del alcance de la gente común, se muestran con su poder destructor o vivificador en las consecuencias y construcciones que aportan a los pueblos en sus búsquedas, luchas, esperanzas.

La vida nos prepara para la misión
Recuerdo que en mis jóvenes días como estudiante de magisterio nos indicaban que hay que proceder de lo concreto a lo abstracto, de lo simple a lo complejo; pero parece que la teología, y aún la misiología, desconocen este consejo. El valor de esta conferencia de apertura es que nos devuelve al valor de esa premisa, y nos ofrece una perspectiva e indica un modo para todo nuestro posterior trabajo. La verdadera misión y el discipulado no se resuelven en las densas elucubraciones académicas, aunque a veces, y solo a veces, estas tengan algo que aportar, sino en la forma en que llega y modifica, transforma para bien, las vidas concretas de las personas.

Así podemos ver como la vida nos prepara para la misión. Las propias experiencias, las frustraciones y dolores, por un lado, o los gestos solidarios, las muestras de amor, el cuidado de los otros y otras, son oportunidades de crecimiento, y también espacios donde puede manifestarse la gracia de Dios, los dones de su Espíritu, la presencia de Jesús Mesías en nuestras vidas. De esa manera nos prepara para la misión, para la posibilidad de ser sensibles al sufrimiento de mi prójimo, y también de compartir sus luchas y gozos. Porque de eso se trata un discipulado transformador.

Es que estas historias hacen la historia. Mientras las grandes narrativas oficiales se ocupan de los grandes nombres y de los acontecimientos que sacuden el mundo, estos a su vez están hechos de los millones de pequeños dramas y sueños de los pueblos sencillos. Basta mirar los Evangelios: la historia de Jesús se

construye sobre el testimonio de ciegos que pueden ver, de mujeres consideradas impuras que se atreven a acercarse, de viudas desesperadas por la enfermedad o muerte de un hijo, una hija, de personas poseídas que son liberadas de espíritus malos, de leprosos curados, y otras tantas personas anónimas que encuentran que sus historias personales se entremezclan con la historia del Dios encarnado en un carpintero de pueblo, que sufre la cruz, pero que ha construido con ellos y ellas un pacto de amor que les da dignidad, que los hace pueblo. El relato personal de Mutale se añade y da color a estos otros relatos, y como ella misma lo dice, a tantos otros relatos anónimos de mujeres y niñas africanas que buscan, esperan y encuentran redención en el amor y la gracia divina. La vida nos prepara para la misión.

El discipulado nos forma y transforma para la vida

Déjenme, para concluir, decir algo de mi propio relato. Mi infancia y juventud no conocieron los momentos dramáticos que nos cuenta Mutale. Sin que me sobrara nada, sin embargo, mi infancia fue todo lo feliz que puede ser un niño de clase media, con un padre pastor y una madre maestra de Jardín de infantes, viviendo en un barrio humilde de gente trabajadora. La marginación y el riesgo de vida lo conocí después, cuando ya yo mismo pastor de la iglesia metodista, mi participación en la lucha por la justicia social y los derechos humanos me hizo un perseguido por la dictadura militar en mi país. En esos años sombríos, con tantos compañeros muertos, presos, torturados, exilados, conocí las amenazas de muerte, la necesidad de ocultarse, el riesgo personal y de mi familia. Sin embargo, junto con otros y otras compañeros y compañeras de lucha, creyentes o no, acompañamos la lucha de las Madres de la Plaza, pudimos sostener y animar a muchas víctimas y sus familias, logramos rescatar a otros perseguidos, ocultar familia enteras, y sacar del país a muchos cuyas vidas estaban en peligro.

No es que no tuviéramos temor. Pero la misión se nos imponía, el mandato solidario era más fuerte, y la ayuda y colaboración de muchos hermanos y hermanas de otros lugares, especialmente de otras iglesias y el propio Consejo Mundial, nos daba la fortaleza y el consuelo necesario para seguir adelante. Allí fue la misión la que nos formó para la vida. Y así sigue siendo frente a otras formas cotidianas de violencia, discriminación y opresión que se siguen dando en el supuesto estado democrático que vivimos en este mundo imperializado. Ni que decir en otros espacios donde el odio y la guerra, donde la ambición insensible de los poderosos y la violencia indiscriminada de los vengativos han hecho de la vida humana un constante camino del calvario.

Los márgenes, que en realidad constituyen hoy la mayoría de nuestra humanidad, son la fuente de nuestro compromiso. Con el poder concentrado en menos del 1% de la humanidad, y con la devastación de los recursos de la creación para satisfacer el lujo de apenas un 10%, mientras casi la mitad de la humanidad aún padece en la pobreza, hay que preguntarse dónde está la vida. El Evangelio es siempre un cuestionamiento de los poderes existentes desde la potencia de la vida de los humildes. Recordemos que en nuestra historia de fe fue en la marginal Galilea, y en el mesías crucificado entre marginales, donde se manifiesta la transcendencia de los excluidos de la historia, que conforman el discipulado capaz de actuar

Juntos por la vida.

Los saberes que se recogen de estas historias, junto a los saberes que se elaboran con el pensamiento crítico, guiados por el Espíritu de Dios, son la fuerza indispensable para un discipulado transformador. Las posibilidades de analizar en ellas las injusticias y el mal en sus efectos cotidianos y la necesidad de estudiar sus orígenes y consecuencias, como también la posibilidad de construir caminos alternativos de justicia y paz, conforman el núcleo vivencial de nuestra misión. Las elaboraciones académicas se justifican solo si se ponen al servicio de estas. Estas historias de vida, de muerte y más vida, de martirio y esperanza, de cruz y resurrección, que se entretejen con la historia de Jesús Mesías y la fuerza de su Espíritu, constituyen el sentido último de todo discipulado transformador. Nos ponen, desde los lugares más insospechados por el poder, en el espacio donde anida el Reino de Dios y su justicia. La vida nos prepara para la misión, la misión de compartir la vida.